Es un testimonio de la modestia del grande arquitecto que construyó este palacio, espuso Diana; Philibert de Lorme sabia muy bien cuàn pequeñas son estas obras clásicas del genio del hombre, en medio de las maravillas de la creacion.

—Los palacios del empíreo no me impedirán admirar estas bellas producciones del arte inspirado por el amor, repuso su interlocutor, aludiendo á la pasion que Philibert habia concebido por Diana, segun se aseguraba. El empeño que el ilustre arquitecto puso en la construccion del castillo de Anet, contribuyó á hacer sospechar una intriga que nada la prueba. Como si el imperio que la favorita ejercia sobre todo, no esplicara suficientemente aquella decision por agradarla.

Y no era la primera vez que Diana era el blanco de calumnias de este género. Desde en vida de Francisco I, los partidarios de la duquesa de Etampes habian insultado su edad, sus encantos, su talento y sus costumbres. Mas adelante, enemigos á quienes no deslumbraba el brillo de su fortuna, los protestantes sobre todo, contra quienes habia armado á su real amante, le atribuian todos los desarreglos de una cortesana desvergonzada.

Los mas grandes señores procuraban agradarla, porque por mano de ella eran colmadas de empleos y de honores las personas sus adictas. Pero esto en ella no era sino la política muy simple de un poder que busca los medios de consolidarse, y en el cortesano cálculo de ambicion; mas era fácil suponer á estos hechos un sentimiento diferente. El mariscal de San Andrés, el hermoso Brissac y otros varios, pasaron por ser mas que sus simples protegidos.

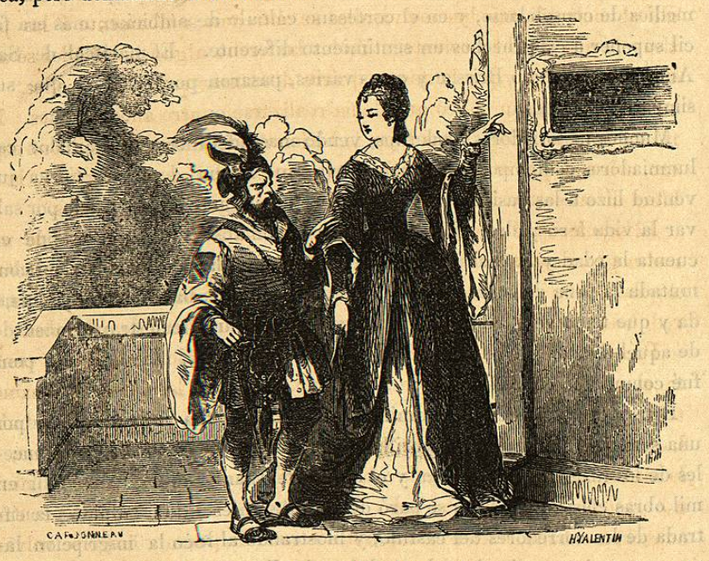
Muchos historiadores modernos, yendo mas adelante que aquellos calumniadores contemporàneos, han escrito que Diana desde su tierna juventud hizo á las pasiones de Francisco I un vergonzoso sacrificio por salvar la vida á su padre. Esa es una invencion absurda que no toma en cuenta la edad y la posicion de aquella señora en la época en que fué conmutada la pena de Saint-Valier. Se dice que llevaba diez años de casada y que tenia veinticuatro. Su epitafio basta para demostrar lo absurdo de aquel aserto. Dice así: *Obüt an.* 1566, *vixit an. LXVI.* La pena fué conmutada en 1524.

Brusquet poseido de una admiracion muda, seguia á la duquesa por una serie de salas, todas mas brillantes las unas que las otras. Los pinceles de los maestros de la época y el cincel de Juan Goujon, lucian allí en mil obras clásicas. Diana se paró delante de un escudo esculpido à la entrada de los corredores del castillo, y mostrando al loco la inscripcion latina que tenia aquella pieza, la tradujo así: *Diana agradecida, para consagrar de modo duradero la memoria de Brezé su esposo, levantó este monu-*

mento. Tomaba mucho empeño en que cada uno supiese que habia sido esposa tierna y fiel; satisfecha, sin duda, de poder darse esta ventaja sobre su implacable enemiga la duquesa de Etampes; pero aunque usaba la afectacion de llevar siempre vestido de luto, no por eso perdia nada de su coquetería. *No era ella,* dice Brantôme, *de esas viudas hipócritas y gazmoñas que se entierran con el difunto.*

Demasiado sensata para hacerse ilusiones sobre el carácter voluble de su real amante, demasiado hábil para confiar enteramente al poder de sus encantos la empresa de fijar el corazon de un príncipe once años mas jóven que ella, imaginaba cada dia nuevas fiestas que su larga esperiencia en la galantería, su talento delicado, astuto y esacto, su viva alegría ó su floja languidez, llenaban de seducciones.

Anet era el teatro ordinario de aquellas fiestas. Los cortesanos iban á ellas en masa, y allí anudaban galantes intrigas que parecia autorizar el ejemplo del señor, y que favorecian aquellos lugares. Los bosques que coronaban aquellos alrededores, pequeños pabellones, soledades encantadoras diseminadas aquì y allí, permitian multiplicar las citas. Brantôme, que parece haber visto aquellos misterios por las hendiduras de las puertas y por entre el follage de los bosques, nos ha dejado una pintura verídica, pero demasiado desenvuelta.



Diana condujo al loco à un terraplen, desde el que se descubria toda aquella posesion.

—El que hubiera venido aquí ahora diez años, dijo la duquesa, en lugar de estas hermosas construcciones, habria encontrado un viejo edificio en ruinas. Las fortificaciones del antiguo castillo feudal, fueron demolidas hace cosa de dos siglos, cuando fué confiscada la tierra de Anet en tiempo de Cárlos el Malo, rey de Navarra. Pedro de Brezé, á quien Cárlos VII la dió en feudo, no tuvo por conveniente reedificarlas, y no quedaba en pié mas de un departamento sin elegancia que servia de punto de reunion para caza á los grandes senescales de Normandìa.

Brusquet contempló mucho tiempo una vasta estufa, en que las plantas mas raras vegetaban cada una bajo la influencia de su clima natal. Muchas estatuas se elevaban sobre una alfombra que brillaba con los colores mas ricos, y juegos de agua, simétricamente colocados, refrescaban la atmósfera. Una fuente, sobre todo, se hacia notable á causa de una ninfa, cuya túnica mojada engañaba la vista, pues tanto así era perfecta la imitacion de la naturaleza. Pero el loco olvidó todo lo que habia llamado su atencion, al ver la capilla adornada con un gusto admirable.

—Este templo, dijo la duquesa, seria un lugar de sepultura digno de una persona que hubiera vivido en medio de las grandezas y las magnificencias, y que las hubiera amado; pero mi lugar está en esa otra capilla mucho mas modesta, que has visto á la izquierda. Aquí se ora rara vez; allí al contrario, mis buenos vasallos se entregan asíduamente á las pràcticas de una piedad ferviente. Yo les he hecho algun bien; ellos se acordaràn, sin duda, y por lo mismo quiero descansar en medio de ellos.

Así espresaba un deseo que debia realizarse cuatro años despues. Murió en Anet en 1566, y sus hijas le hicieron erigir en esta capilla un sepulcro, sobre el que se leìa un epitafio que recordaba su alta fortuna, la nobleza de su posteridad y sus derechos á un lugar entre los justos.

El sepulcro fué colocado en medio del coro. Sobre un zócalo de màrmol negro, cuatro esfinges de màrmol blanco soportaban un sarcófago. Arriba estaba colocada una efigie de la duquesa con las manos juntas, arrodillada en un reclinatorio y teniendo delante un libro de oraciones.

Poco ántes cité á Brantôme; permitidme tomar de ese galante cronista el retrato de la encantadora de Anet. «Tenia los cabellos sumamente negros y rizados, el cútis muy blanco, los dientes y las manos admirables, el talle alto y el modo de andar noble. Jamás estuvo enferma; en lo mas frio de la estacion se lavaba la cara con agua del pozo, y nunca usó pomada. Se levantaba todas las mañanas á las seis, montaba con frecuencia à caballo, haciendo una ó dos leguas de paseo y luego se volvia á meter en la cama, donde leía hasta medio dia. Todo hombre un poco distinguido en las letras podia contar con su proteccion. Seis meses ántes de

su muerte la vì todavía tan hermosa, que no creo que hubiera corazon de roca que no se conmoviese á su vista, sin embargo de que algun tiempo ántes se habia roto una pierna un dia en que andando á caballo con su acostumbrada destreza, tropezó el animal y cayó sobre ella. Parece que este accidente y los males que le causó deberian haber alterado su fisonomía; pero nada de eso, su belleza y su gracia eran siempre las mismas. Lástima que la tierra cubra tan bello cuerpo! Fué muy devota, caritativa y limosnera. Preciso es que el pueblo de Francia ruegue á Dios que no venga jamas favorita mas mala ni malhechora que aquella."

La hija mayor de la duquesa, Luisa de Brezé, muger de Claudio de Lorena, duque de Aumale, adquirió en la division de bienes la tierra de Anet y la transmitió á Cárlos de Lorena su hijo; no era entónces dicha tierra mas de una simple castellania. Enrique III la erigió en principado. En aquel estado fué á poder de Maria de Mercœur, cuya hija Luisa la llevó en dote á César, duque de Vendôme, hijo natural de Enrique IV y de Gabriela de Estrées. Así es que fué poseida por los hijos de tres favoritas de rey: primero por Carlota, hija de Inés Sorel; despues por Luisa de Brezé, hija de Diana de Poitiers; y en fin, por César, hijo de Gabriela de Estrées.

La galantería hizo allì mansion largo tiempo. A las intrigas de la corte de Enrique II succedieron las orgías de los duques de Vendôme; despues de la inmoralidad que se oculta, la depravacion que se ostenta. Ahí iba Luis José, biznieto de Enrique IV, à manchar sus laureles en compañia de personas infames, con quienes hacia alarde de cinismo. Ahí concurria tambien su digno hermano el gran prior de Malta, notable por sus costumbres licenciosas bajo la regencia, es decir, en una época en que todo fué tan licencioso.

La casa de Vendôme se estinguió. Anet, lo mismo que Dreux y Sorel, pasaron á la duquesa de Maine, la cual los donó al príncipe de Dombes. El conde de Eu, heredero de este, trasmitió todos sus dominios al duque de Penthièvre.

Sobrevino la revolucion. Una multitud ardiente, que veía en aquellos monumentos del orgullo y del fausto un insulto á su fortuna y á su condicion, se arrojó al castillo y lo demolió.

Alejandro Lenoir obtuvo del primer cónsul Napoleon, autorizacion para trasladar á Paris y reedificar algunos restos interesantes, susceptibles todavía de ser reunidos.

No queda de la antigua castellania mas de una bonita aldea con una poblacion de 1,500 habitantes; pero aun se tiene satisfaccion en interrogar á las ruinas del castillo, en recorrer las riberas del Eure que le sirven de límite al Occidente, y el bosque de Dreux que desplega al Mediodia una vasta cortina de verdura.

Subiendo hácia el Norte se encuentra, á una legua escasa de Anet, el bosque de Ivry y los campos ilustrados por la batalla que dió Enrique IV al duque de Mayena en 1590. El viagero que venga á visitar las ruinas del castillo de Diana, no podrá dispensarse de hacer una escursion à los llanos testigos del valor de nuestros padres. Situado entre las aldeas de Boussez y de Espieds, con un plano en la mano, seguirá á los combatientes en la arena ensangrentada: á la izquierda el mariscal de Aumont arrollando á la caballería ligera de Mayena; en el centro Biron desconcertando al enemigo con solo su presencia; á la derecha Bearnais mostrando á los suyos su penacho blanco y conduciéndolos á la victoria. Asistirà á las hazañas de aquellos dos mil gentiles-hombres del ejército real, «cosa formidable" dice un testigo ocular. Verá arrojarse á la pelea, adelantándose á sus escuadrones, á los Montpensier, los Biron, los Schomberg y los Rosny, proclamando á Enrique IV, en el campo de batalla, soldado valiente entre todos y caballero franco.

Al baron de Rosny, despues duque de Sally, lo mataron dos caballos y él sacó seis heridas de lanza, de espada y de fuego, y no obstante haber perdido mucha sangre por ellas, hizo prisioneros á los señores de Chanteloup, de la Châtaignerie y Cicogne, porta-enseña del duque de Maine. Estos hechos, y los otros servicios que prestó á su rey y á su pais durante una carrera larga, útil y gloriosa, han quedado consignados en la inscripcion siguiente puesta sobre su sepulcro en Nogent-le-Rotron.

«Aquí descansan los restos del muy alto y poderoso señor Macsimiliano de Béthune, marqués de Rosny, el cual, desde edad de catorce años siguió la suerte del rey Enrique el Grande, y lo acompañó en la memorable batalla de Ivry que adjudicó la corona al vencedor: en ella ganó por su valor el porta-estandarte blanco, y tomó muchos prisioneros de cuenta. Fué honrado por el rey en reconocimiento de su valor y méritos con las dignidades de duque, par y mariscal de Francia, con el gobierno del alto y bajo Poitou, con el cargo de gran maestre de la artillería, con cuya arma, como si manejara los rayos de Júpiter, tomó la plaza de Montmelian, que era tenida por inespugnable, y otras varias de la Saboya: obtuvo tambien la superintendencia de hacienda, que administró solo con prudente economía. Continuó sus servicios hasta el infausto dia en que el César de los franceses perdió la vida por la mano parricida de uno de sus súbditos; despues de la muerte de su soberano se retiró á su casa, en la que pasó el resto de su vida en una dulce y pacífica tranquilidad, y murió en el castillo de Villebou el 22 de Diciembre de 1641, á la edad de ochenta y dos

años. Su cuerpo está aquí, en Nogent-le-Rotron, llamado de Béthune: tambien està el de la muy alta é ilustre señora Rachel de Colhefitet, su esposa, que murió á la edad de noventa y siete años, en 1659."

Los restos de Sully no están ya en aquel sepulcro: el vandalismo revolucionario pasó por allí! Pero aun se ve en la plaza pública el sarcòfago que los contenia, y es una de las curiosidades del departamento de Eure-et-Loir, un trozo digno de fijar la atencion de los artistas.

Un monumento mas modesto, una simple pirámide se levanta en los llanos de Ivry, y se ve con gusto, á causa del recuerdo imponente que se une à ella.

Durante un viage que el príncipe Enrique de Prusia, hermano de Federico el Grande, hizo á Francia á fines del siglo XVIII, quiso visitar el monumento, y el duque de Penthièvre, en cuyo castillo de Anet estaba aquel alojado, le sirvió de guia. Luego que estuvieron junto al monumento, una pastora vestida de gala, que llevaba una canasta de flores, se adelantó hácia la concurrencia y ofreció ramos á todo el mundo: despues presentó al príncipe estrangero un ramo de laurel..... Entónces Enrique de Prusia, tan modesto como ingeniosamente inspirado, se llegó á la pirámide y depositó sobre el zócalo aquel símbolo del heroismo.

DREUX.

El territorio de Dreux estaba antiguamente ocupado por los *Durocasses*, poblacion de los galos que formaba parte de la confederacion de los *Carnutes*. Del nombre de esta poblacion se formó el de la villa moderna.

Entre los Durocasses en el centro de las Galias, en las profundidades de un estenso bosque, era donde se reunia el tribunal supremo de los Druidas. Allí una temible aristocracia pronunciaba sus decretos en medio de prácticas à veces sangrientas y siempre llenas de un misterioso horror. En su presencia eran discutidos los grandes intereses de la patria y arreglados por su influencia.

La civilizacion romana no penetró en aquellos lugares salvages sino desmontándolos. Abrió allí un camino militar que atravesaba toda la provincia y conducia hasta el Oceano. Hoy un camino real que parte de la

capital, sigue al principio la misma direccion hasta Verneuil y de ahì se separa y va á dar á Brest.

El parisiense que va á Bretaña descubre primero el espectáculo de una campiña muy boscosa. No léjos de Dreux queda un bosque con el mismo nombre, y mas cerca de la villa el bosque de Yon; mas adelante los de Couture, Merville y Saint-Remy. Estos bosques y otros muchos que se estienden en un radio de diez ó doce leguas y que evidentemente han sido separados por la mano del hombre, atestiguan todavìa cual fué el estado primitivo del suelo.

Despues de haber recorrido una distancia de ocho miriámetros, atravesará el Eure el viagero y se presentará á su vista, en un fértil valle, la graciosa villa de Dreux, rodeada casi enteramente por el Blaise, cuyas aguas distribuidas en diferentes canales circulan por las casas, manteniendo en ellas la frescura y bienestar. La villa ha sufrido varias transformaciones: á las chozas de los galos succedieron las construcciones romanas, cuya solidez parecia desafiar al tiempo, y que fueron derribadas por la barbarie; despues fueron levantadas, al abrigo de un castillo protector, las humildes moradas de los pecheros de la edad media, defendidas por una faja de murallas almenadas y flanqueadas de torres.

En este estado quedó sometida á las vicisitudes del régimen feudal, pasando sucesivamente bajo la autoridad inmediata de los duques de Normandía, de los condes de Vexin, despues de los Normandos, y finalmente de los condes de Chartres. En el siglo XII la ocupaban estos; los duques de Normandía pretendian tener derecho á ella, y construyeron el castillo de Tilliers para amenazarla. Los caballeros de los dos partidos desplegaban incesantemente sus banderas, y miéntras desolaban los unos las fronteras de Normandía, ensangrentaban los otros las riberas del Blaise.

Un príncipe normando, Ricardo II, ecsacerbando estos males, convidó á los bárbaros del Norte á tomar parte en el pillage y la matanza. Ya remontaba el Sena una multitud de barcas cargadas de suecos y de noruegos. La Francia entera estaba en alarma, cuando el rey Roberto alejó á aquellos huéspedes peligrosos, negociando la paz entre los dos rivales.

La tierra de Dreux permaneció en poder del conde de Chartres, quien mas adelante la cedió al rey su señor. Un príncipe de la sangre, Roberto, tercer hijo de Luis el Gordo, la recibió en señorío. Aquel era el tiempo de sangrientas luchas entre Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, y de las diferencias entre la clase media y sus señores. La guerra hacia destrozos en el esterior, y en el interior pesaba la servidumbre; por todas partes la ruina, las depredaciones, la miseria. Nuestra villa cayó en poder del bilioso Ricardo, quien la incendió sin piedad.